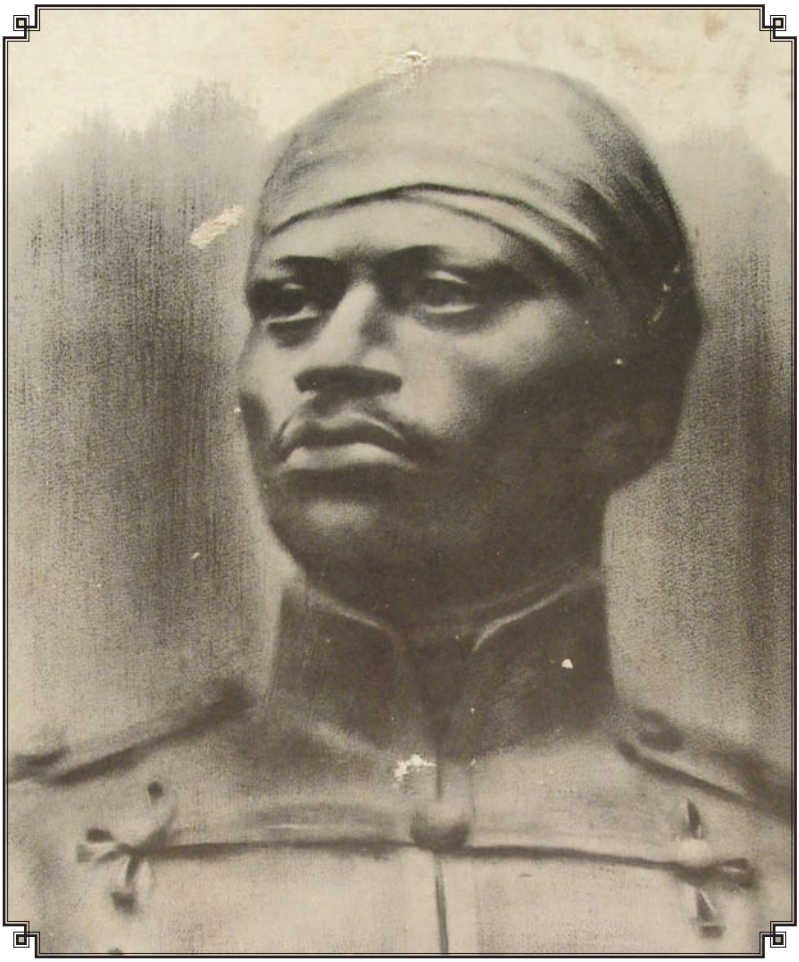
PEDRO CAMEJO

el hombre que simbolizó a un pueblo



Autor desconocido. *Retrato de Pedro Camejo (El Negro Primero).* Colección Museo Bolivariano

Vamos a prepararnos para cuando suene la diana de Carabobo y entre a Caracas el Negro Primero, al repique del tambor libertario y rebelde de nuestros abuelos africanos.

Nicolás Maduro Moros, 2 de junio de 2015

PEDRO CAMEJO

EL HOMBRE QUE SIMBOLIZÓ A UN PUEBLO

Gobierno Bolivariano de Venezuela

PueblosVictorioso

Desirée Santos Amaral
Ministra del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Reinaldo Iturriza
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Pedro Calzadilla
Presidente de la Fundación Centro Nacional de Historia

Coordinación editorial
Simón Andrés Sánchez

Equipo de investigación
Félix Ojeda
Gradielys Urbano
Carolyn Martínez
William Martínez
Yelitza Rivas
Osman Hernández
Noelis Moreno Peña
Romer Carrascal

Diseño de la portada
Javier J. Véliz

Imagen de la portada
Arturo Michelena, Vuelvan caras (detalle),1890

Diagramación
Javier J. Véliz

Corrección
Miguel Raúl Gómez

© Fundación Centro Nacional de Historia, 2015
Final Av. Panteón, Foro Libertador, edificio Archivo General de la Nación, P.B. Caracas, República Bolivariana de Venezuela
www.mincultura.gob.ve
www.cnh.gob.ve
www.agn.gob.ve

Hecho el depósito de ley: lf9789804190063
ISBN: 978-980-419-006-3
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

CONTENIDO

PRESENTACIÓN A CARGO DEL PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
NICOLÁS MADURO MOROS..... 11

PARTE I

PEDRO CAMEJO: EL HOMBRE QUE SIMBOLIZÓ A UN PUEBLO..... 19

PARTE II

JOSÉ ANTONIO PÁEZ
"HOMBRE DE GRAN VALOR" 27

EDUARDO BLANCO
"VENGO A DECIRLE ADIOS... PORQUE ESTOY MUERTO" 33

ARÍSTIDES ROJAS
EL NEGRO I..... 39

LEONIDAS SCARPETTA Y SATURNINO VERGARA
PEDRO CAMEJO 63

PARTE III

FRAGMENTOS DE DISCURSOS
DEL COMANDANTE HUGO CHÁVEZ 69

PARTE IV

CERTIFICACIÓN DE SERVICIO MILITAR 77

"Los sueños del Negro Primero, es decir, los sueños de un pueblo que dio su sangre por toda esta tierra para crear una república, fueron traicionados; y aquí estamos hoy continuando la batalla, la hemos retomado…".

Comandante Hugo Chávez
24 de junio de 2003

"Aquí cayó Pedro Camejo, Negro Primero; inmortalizó el papel de vanguardia de nosotros, los negros, los nietos de los africanos; inmortalizó nuestro papel de vanguardia, de quienes defendemos y sentimos orgullo de descender de quienes vinieron del África como esclavos y luego supieron conquistar su libertad".

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela
28 de abril de 2015

PRESENTACIÓN

Pedro Camejo: el hombre que simbolizó a un pueblo, constituye un homenaje que la Revolución Bolivariana y el pueblo venezolano le rinden a uno de los más valientes y aguerridos héroes de nuestra Independencia. A nuestro "Negro Primero", título que le dieron sus compañeros de armas por las muestras de valor que dio en cada batalla. Recordamos y enaltecemos a este hombre esclavizado y sencillo que se destacó en la lucha contra el imperio de entonces. Ahora, en la era bicentenaria, cuando celebramos nuestra independencia política, y en el momento histórico en que estamos reafirmando nuestra soberanía absoluta, vale mucho recordar a esos hombres y mujeres que dieron su vida por la libertad y la soberanía de la Patria. Es necesario traerlos al corazón, tenerlos con nosotros para que su presencia simbólica y su acción, fuerzas telúricas de nuestra historia, nos acompañen en las luchas de ahora y nos permitan conservar la Patria que nos dio el Libertador Simón Bolívar y que recuperó el Comandante Supremo Hugo Chávez.

Pedro Camejo y muchos negros esclavizados y libres participaron en el bando realista entre los años 1813-1815. Lo hicieron obligados por sus amos o engañados por falsas promesas de libertad e igualdad social. En otros casos, lo hicieron por codicia, como le confesó

el mismo Negro Primero al Libertador en 1818. Una codicia que dadas las condiciones del país, inmerso en la "guerra a muerte", puede más bien juzgarse como instinto de supervivencia. En todo caso, durante esos años de la caída de la segunda república y sobre todo, de la Rebelión popular del año 1814, hay que tomar en cuenta a un pueblo alzado en contra de un sistema republicano que no satisface sus legítimas aspiraciones de igualdad y libertad. Un pueblo insurgente frente a la República mantuana y excluyente que mantiene la esclavitud y la discriminación.

Sin embargo, ese mismo pueblo que contribuyó al triunfo realista; ya en 1815 se había unido a los republicanos. Como bien lo supo Bolívar, desde Jamaica, y se lo comunica el 28 de septiembre de ese año al editor de *The Royal Gazette de Jamaica*: "Los defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves".

Negro Primero es uno de esos defensores populares de la Independencia. Se une al ejército patriota de los llanos comandado por Páez en 1816, posiblemente en el mes de octubre después de la batalla de El Yagual, según lo refiere el propio Páez en su autobiografía. Ese pueblo, representado en Pedro Camejo, hizo comprender al Libertador y a los líderes revolucionarios la necesidad de popularizar la guerra y el proyecto político republicano y democrático. De allí que Bolívar, después de su exilio en Jamaica y Haití, tome medidas para satisfacer las aspiraciones populares. Entre estas: el decreto de libertad de los esclavos dictado

en Carúpano el 2 de junio de 1816 y el de secuestro y confiscación de bienes de los realistas dictado el 3 de septiembre de 1817.

La lucha de la Independencia se libró en todos los aspectos de la vida: fue titánico el esfuerzo militar, económico, jurídico y social que hicimos los venezolanos y venezolanas. No obstante, es indiscutible que junto a la épica de los grandes hechos existió una verdadera proeza ideológica que logró fracturar, en apenas décadas, el andamiaje ideológico monárquico e imperial que se construyó en siglos. Esta epopeya ideológica de los patriotas, independentistas, antimonárquicos y antiimperialistas es a la que refiere con sublime candor Pedro Camejo cuando le relató a Bolívar que había estado en las filas realistas por codicia, que había matado vacas ajenas por hambre y que se había incorporado al ejército independentista porque Páez le "enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala, y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas".

Con esas palabras, el hombre que el Libertador definió como "sin igual en la sencillez, y, sobre todo, admirable en el estilo peculiar en que expresaba sus ideas", Camejo, al justificar ante Bolívar la causa de su incorporación al ejército libertador, expresa el sentir de un pueblo que tomó conciencia de su lugar en la historia, un pueblo humilde que fue capaz de superar las ambiciones e incluso las necesidades materiales para entregarse en cuerpo, alma y corazón a la Patria.

La Patria que es decir la libertad, la independencia, la igualdad y la justicia social.

En homenaje al pueblo negro, afrodescendiente, indio, mestizo, mulato y blanco que tiene 200 años de lucha por la libertad y la igualdad verdaderas, le rendimos tributo al Negro Primero, aquí, en esta compilación que recoge artículos y fragmentos de libros que dan cuenta de la vida y obra de Pedro Camejo, tales como la revista *Memorias de Venezuela*, la *Autobiografía* de José Antonio Páez, la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, las *Leyendas históricas de Venezuela* de Arístides Rojas, el *Pedro Camejo* de Leonidas Scarpetta y Saturnino Vergara en su *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú*. También se han incorporado fragmentos de los discursos de nuestro Comandante Chávez en los que hace especial referencia al Negro Primero, combatiente por el que sintió gran admiración.

En estas páginas podemos reconocernos como un pueblo capaz de grandes hazañas. Un pueblo, representado en Negro Primero, que junto a su líder Simón Bolívar fue capaz de la epopeya de la libertad de América. Es el mismo pueblo que junto al comandante Chávez logró recuperar la Independencia. Somos el pueblo que ha jurado defender nuestra soberanía y autodeterminación frente a los ataques internos y externos, frente a las agresiones económicas y frente a la guerra mediática. Somos el mismo pueblo de hace dos siglos atrás, determinado a ser soberano y libre.

Hoy las dificultades las enfrentamos con un poder, el poder popular y con un concepto, muy claro: Patria.

¡Viva el Negro Primero!

Nicolás Maduro Moros
Presidente Constitucional
de la República Bolivariana de Venezuela
24 de junio de 2015

PARTE I

PEDRO CAMEJO:

EL HOMBRE QUE SIMBOLIZÓ A UN PUEBLO*

Tal vez Pedro Camejo, esclavo de la hacienda de Vicente Alonzo, echado a la guerra por las circunstancias, como muchos de sus compañeros de servidumbre y exclusión; primero defensor del rey y luego de la República; lancero magnífico por su fuerza y pericia; herido de muerte en Carabobo al frente de los hombres que desbandaron al ejército de España, nunca imaginó que se convertiría en un héroe de la nación venezolana.

Entre los numerosos generales y prohombres de la Independencia, con sus grandes atavíos y apellidos, Pedro Camejo, humildemente, ha dado la cara ante la historia por la masa de pueblo que batalló con su cuerpo y su sangre aquellas luchas.

Tal vez sea poco un nombre, y un solo hombre, para representar en la memoria de un país a los miles de innominados que, conciente o inconcientemente, dieron su vida en aquel esfuerzo entusiasta que llevó a la Independencia. Pardos, negros, indios, fueron la masa y la fuerza movilizada contra la opresión realista, y fueron luego la masa traicionada por los caudillos que restauraron el poder despótico.

---

* Artículo publicado en la revista *Memorias de Venezuela*, n.º 3, mayo-junio 2008, pp. 64-65.

La exaltación de la figura del Negro Primero puede ser un homenaje restringido de la oligarquía nacional al pueblo que echó a España de Venezuela para que ella reinara. Puede ser un compromiso simbólico en que se le reconoce una mínima parte. Pero, sin desmedro de sus méritos personales, Pedro Camejo es todavía poco como símbolo de un pueblo que recupera la memoria de su multitudinario protagonismo.

Se presume que el negro Pedro Camejo nació en San Juan de Payara, estado Apure, hacia el año 1790. Fue desde su nacimiento esclavo y llevó una vida humilde y de explotación.

Sin formación ni condiciones que dignificaran su supervivencia, su vida se caracterizó por los trabajos forzados en la hacienda de don Vicente Alonzo, su primer y único propietario.

Alonzo, temeroso del carácter rebelde y levantisco de Pedro Camejo, lo envió al servicio de las tropas realistas. Las circunstancias, pues, lo obligaron a luchar contra el ejército republicano, hasta 1816. En una entrevista que tuvo con el Libertador en 1818, le confesó que su militancia realista estuvo animada por la ambición de obtener los bienes de los propietarios patriotas, argumento con el cual Boves atrajo en 1814 a los sectores sociales tradicionalmente oprimidos por los mantuanos.

Páez en su autobiografía lo retrata: "Cuando yo bajé a Achaguas después de la acción del Yagual, se me presentó este negro, que mis soldados de Apure me aconseja-

ron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que los tratan. Admitirle en mis filas y siempre a mi lado fue para mí, preciosa adquisición. Tales pruebas de valor dio en todos los reñidos encuentros que tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de "El Negro Primero". Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado, mantenían la alegría de sus compañeros…".

Con el grado de Teniente, el Negro Primero pertenecería al batallón de los Bravos de Apure, unidad conformada principalmente por llaneros de gran coraje e intrepidez. Participó en la acción de las Queseras del Medio en 1819, cuando una pequeña fuerza de 150 llaneros y lanceros al mando de Páez realizó una acción táctica extraordinaria, logrando recibir como honor la *Orden de los Libertadores*.

Pero el Negro Primero pasaría a la inmortalidad durante la acción de Carabobo, en 1821. En medio del difícil acceso de la vanguardia de caballería a la llanura, bajo fuego nutrido del enemigo, Páez vio venir en repliegue al Negro Primero. En respuesta a su reproche, Pedro Camejo habría dicho: "Mi general, vengo a decirle adiós porque estoy muerto".

El mismo Simón Bolívar se habría lamentado al conocer la fatídica muerte, según lo atestigua Páez: "El día de la batalla, a los primeros tiros, cayó herido mortalmente, y tal noticia produjo después un profundo dolor en todo el ejército. Bolívar, cuando lo supo, la consideró como una desgracia y se lamentaba de que no le hubiese sido dado presentar en Caracas aquel hombre que llamaba sin igual en la sencillez, y, sobre todo, admirable en el estilo peculiar en que expresaba sus ideas".

En 1847, Juana Andrea Solórzano, viuda de Camejo, solicitaría una pensión por haber sido su difunto marido héroe de la Guerra de Independencia. Juana había quedado sola y desasistida, como tantas mujeres que a causa de la guerra se hallaron sin sus esposos, padres o hermanos. El propio Páez expidió la certificación que se requería para la aprobación de dicha solicitud: "Certifico que el ciudadano Pedro Camejo se incorporó y tomó servicio en el Ejército de mi mando en esta Provincia el año de 1816, y que los continuó hasta el de 1821, que murió en el campo de Carabobo por una herida que recibió de arma de fuego en el momento del combate, y que por su valor sobresaliente mereció el ascenso de Teniente de Caballería, habiendo principiado su carrera de soldado raso".

Comando Creativo, *Cartel con reseña biográfica de Pedro Camejo*

PARTE II

"HOMBRE DE GRAN VALOR"*

Los oficiales de mi estado mayor que murieron en esta memorable acción, fueron: coronel Ignacio Meleán, Manuel Arráiz, herido mortalmente, capitán Juan Bruno, teniente Pedro Camejo (a) el Negro Primero, teniente José María Olivera, y teniente Nicolás Arias.

Entre todos, con más cariño recuerdo a Camejo, generalmente conocido entonces con el sobrenombre de «El Negro Primero», esclavo un tiempo, que tuvo mucha parte en algunos de los hechos que he referido en el transcurso de esta narración.

Cuando yo bajé a Achaguas después de la acción del Yagual, se me presentó este negro, que mis soldados de Apure me aconsejaron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor, y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que los tratan. Llamábase Pedro Camejo y había sido esclavo del propietario vecino de Apure don Vicente Alfonzo, quien le había puesto al servicio del rey, porque el carácter del negro, sobrado celoso de su dignidad, le inspiraba algunos temores.

---

* Fragmentos de la *Autobiografía del general José Antonio Páez*. Tomo I. Caracas, Petróleos de Venezuela, 1990, pp. 208-210.

Después de la acción de Araure quedó tan disgustado del servicio militar, que se fue al Apure, y allí permaneció oculto algún tiempo, hasta que vino a presentárseme, como he dicho, después de la función de Yagual.

Admitile en mis filas, y siempre a mi lado fue para mí preciosa adquisición. Tales pruebas de valor dio en todos los reñidos encuentros que tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de El Negro Primero. Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado, mantenían la alegría de sus compañeros, que siempre le buscaban para darle materia de conversación.

Sabiendo que Bolívar debía venir a reunirse conmigo en el Apure, recomendó a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista. Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del negro, con gran entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiera que él había estado al servicio del rey.

Así, pues, cuando Bolívar le vio por primera vez se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor, le dijo:

—¿Pero qué le movió a usted a servir en las filas de nuestros enemigos?

Miró el negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

—Señor, la codicia.

—¿Cómo así? —preguntó Bolívar.

—Yo había notado —continuó el negro— que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna, y más que nada, a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure: ellos tenían más de 1000 hombres, como yo se lo decía a mi compadre José Félix: nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cualquier arma con que pelear, porque yo estaba seguro de que nosotros íbamos a vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fui a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando: «A caballo.» ¿Cómo es eso? —dije yo— ¿pues no se acabó esta guerra? —Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamurada.

—¿Qué decía usted entonces? —dijo Bolívar.

—Deseaba que fuéramos a tomar paces. No hubo más remedio que huir, y yo eché a correr en mi mula; pero el maldito animal se me cansó y tuve que coger monte a pie. El día siguiente, yo y José Félix fuimos a un hato a ver si nos daban que comer; pero su dueño, cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña (Yáñez) me miró con tan malos ojos, que me pareció mejor huir e irme al Apure.

—Dicen —le interrumpió Bolívar— que allí mataba usted las vacas que no le pertenecían.

—Por supuesto, y si no ¿qué comía? En fin, vino el mayordomo (así me llamaba a mí) al Apure, y nos enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala, y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas.

Conversaciones por este estilo, sostenidas en un lenguaje sui géneris, divertían mucho a Bolívar, y en nuestras marchas, el Negro Primero nos servía de gran distracción y entretenimiento.

Continuó a mi servicio, distinguiéndose siempre en todas las acciones más notables, y el lector habrá visto su nombre entre los héroes de las Queseras del Medio.

El día antes de la batalla de Carabobo, que él decía que iba a ser la *cisiva*, arengó a sus compañeros imitando el lenguaje que me había oído usar en casos semejantes, y para infundirles valor y confianza, les decía con el fervor de un musulmán, que las puertas del cielo se abrían a los patriotas que morían en el campo, pero se cerraban a los que dejaban de vivir huyendo delante del enemigo.

El día de la batalla, a los primeros tiros, cayó herido mortalmente, y tal noticia produjo después un profundo dolor en todo el ejército. Bolívar, cuando lo supo, la consideró como una desgracia, y se lamentaba de que no le hubiese sido dado presentar en Caracas aquel

hombre que llamaba sin igual en la sencillez, y, sobre todo, admirable en el estilo peculiar en que expresaba sus ideas.

"VENGO A DECIRLE ADIOS... PORQUE ESTOY MUERTO"*

Páez reúne, entretanto, los trozos de su caballería que lentamente salen a la llanura. Su ansiedad por allegar el mayor número, sin privar de su presencia alentadora a la diezmada infantería, se descubre en la rapidez vertiginosa con que lanza su impetuoso caballo para acudir a todas partes: así se ve lucir entre el revuelto torbellino del combate su rojo penacho, batido por el viento, cual una llama errante, veloz, inextinguible, alma de la batalla, provocadora del incendio.

De pronto, en medio de la inquietante expectativa que sufren los dos bandos, la llama voladora se detiene; y Páez, lleno de asombro, ve salir de la nube de polvo que oculta los efectos de aquel violento choque, a un jinete bañado en propia sangre, en quien al punto reconoce al negro más pujante de los llaneros de su guardia: aquel, a quien todo el ejército distingue con el honroso apodo del "Primero".

El caballo que monta aquel intrépido soldado galopa sin concierto hacia el lugar donde se encuentra Páez; pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso a paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abati-

---

* Blanco, Eduardo, *Venezuela heroica*. Caracas, Eduven, Colección La Palma Vieja, 2000. pp. 418-419

da y la abierta nariz rozando el cuello que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada, Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza a su antiguo émulo en bravura en cien reñidas lides, le grita amenazándolo con un gesto terrible: ¿Tienes miedo? ¿No quedan ya enemigos? ¡Vuelve y hazte matar!

Al oír aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para batirse; el segundo abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por tierra la poderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo a descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: Mi general… Vengo a decirle adiós… porque estoy muerto. Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, al tiempo que la nube se rasga y deja ver a nuestros llaneros vencedores, lanceando por la espalda a los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y a la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que, vencido el atajo, han llegado hasta él, corre a vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo.

Páginas anteriores:
Arturo Michelena, *Vuelvan caras*, 1890

EL NEGRO I*

*De la Colección inédita de "Leyendas Históricas de Venezuela"***

Pedro Camejo, por sobrenombre *El Negro I*, lleva, entre los centauros que acompañaron a Páez en la famosa refriega de las Queseras del Medio, el número 34; mas entre los veinte y un tenientes del grupo, tiene el número 1°. El Negro I es, por lo tanto, el primero de los tenientes que figuraron entre los ciento cincuenta héroes de las Queseras, el 2 de abril de 1819. Si este Pedro Camejo no hubiera alcanzado nombre y gloria en diversas ocasiones, antes y después de la fecha indicada, el haber figurado en el admirable grupo, hubiera sido lo suficiente para inmortalizarlo.

El nombre de Pedro Camejo ha desaparecido al hablar del famoso Negro, tema de este cuadro; primero, esclavo, después soldado en las filas españolas; más tarde, en las patriotas, hoy celebridad histórica que lleva el título de *El Negro I*. El apodo sustituyó al nombre y se tornó en título de gloria, título único, porque no hubo un Negro II en las páginas de nuestra magna lucha. Pedro es nombre de pila muy popular y Camejo es patronímico conocido. Si se dice Pedro Camejo, habrá muchos que preguntarán: ¿Y quién es él? Pero

---

* Rojas Arístides, "El Negro I". En: Machado, José, *Siete estudios históricos de Arístides Rojas*. Caracas, Litografía del Comercio, 1924. pp 51-66.

** Se publicó este artículo en el número 6.624 de la *Opinión Nacional*, correspondiente al martes 27 de octubre de 1891; y luego se reprodujo en un folleto en 16° con 32 páginas.

cuando se nombre al Negro I la imagen de la pampa venezolana se dibuja en el horizonte, y presenciamos el combate de los hypántropos de Páez. La figura de este se agiganta y vienen a la memoria los nombres de Mucuritas, Mata de la Miel, Yagual, Queseras y Carabobo.

El Negro I pertenece no solo a la historia, sino también al arte. En el notable trabajo de Arturo Michelena, que representa a Páez y el grupo de las Queseras, en el momento de *volver caras*, el Negro I está admirable. Aparece en el primer término del cuadro, altanero y salvaje, como el corcel que sofrena, con la mano agarrada de la crín del animal. Al oír el grito de mando, el centauro ha obedecido: con la mano izquierda trata de detener al indómito animal, y fija la mirada como para ayudar al oído y obedecer prontamente a la segunda orden. El centauro está al natural, vestido de llanero, con pañuelo en la cabeza, sombrero de paja, los pies descalzos, y apóyase en los estribos con el dedo gordo de cada uno. Su ademán es atento, sonreído, dispuesto a la terrible embestida, al choque sangriento, cuando llegue el momento de esgrimir la poderosa lanza que lleva en la mano derecha.

El Negro I tiene también su bibliografía, pues la musa de la historia y la del canto no se han desdeñado en dedicarle algunas páginas, porque él está en el número de los compañeros de Aquiles venezolano. Páez, Eduardo Blanco, Capella Toledo, Scarpeta y Vergara, Arismendi Brito y otros le han celebrado en prosa y en verso[1].

---

1 La bibliografía del Negro I comprende las siguientes obras: Páez.—*Autobiografía*. Este

El Negro I y Páez son inseparables. Al contemplar a este surge aquel; es como un satélite en derredor de su astro. Hay en este Negro militar dos faces: el centauro armado, incansable, invencible, el púgil, el lancero, la tromba impetuosa que todo lo arrastra en el torbellino de la pelea; el hombre humilde, sencillo, tranquilo, chistoso, de lenguaje especial y hasta sensible ante las desgracias ajenas.

¡El Negro I, su historia! He aquí un tema inagotable. ¡Gloria para el mortal que supo cambiar un apodo en timbre, en título que resume numerosos servicios dedicados a la noble causa de un pueblo!

Esclavo, aventurero, soldado, sepulturero, tránsfuga, soldado patriota, centauro invencible, soldado mimado de Páez, celebrado por Bolívar, héroe y mártir: tales pueden ser los diversos capítulos de la breve y sublime historia del Negro I, tan digno de los anales americanos, del arte, de la epopeya.

¿Cómo ese bravo se llama?
¿Quién es? Modesto y sencillo,
Ha dado a su raza brillo,
Asociándole su fama.

---

autor le dedica cuatro páginas, al hablar de Carabobo, página 575. Blanco.—*Venezuela heroica*. Este autor le dedica dos páginas, al hablar de Carabobo. Capella Toledo.—*Leyendas históricas*. 3 vols. Bogotá, 1883. Este autor le dedica una leyenda intitulada: *La Sombra Negra*, 10 páginas, tomo I, página 170. Scarpeta y Vergara.—*Diccionario biográfico de los Campeones de la libertad*, etc., etc., Bogotá. Estos autores le dedican una página. Arismendi Brito.—*La muerte de un héroe de Páez*. Romance publicado como homenaje a Páez en *El Correo de la tarde* de 22 de abril de 1888, en los días en que celebró Caracas la traída de los restos mortales de Páez.

Nada su valor abate,
Y de su lanza certera
Obra es siempre la primera
Sangre de todo combate;

Y de ahí parte el llanero
Que admira tan rara audacia
Cuando, por antonomasia,
Lo llama el NEGRO PRIMERO.

Adora a Páez, y creer
Nadie en el mundo le haría
Que hay hombre de más valía
Ni otro a quien obedecer.

Arismendi Brito

Narremos ahora, en vista de la historia, lo que esta nos dice acerca de este tipo admirable.

"Cuando yo bajé a Achaguas —escribe Páez—, después de la acción del Yagual se me presentó este Negro, que mis soldados de Apure me aconsejaron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que lo tratan. Llamábase Pedro Camejo y había sido esclavo del propietario vecino de Apure, don Vicente Alfonzo, quien le había puesto al servicio

del rey porque el carácter del Negro, sobrado celoso de su dignidad, le inspiraba algunos temores.

"Después de la acción de Araure quedó tan disgustado del servicio militar que se fue al Apure, y allí permaneció oculto algún tiempo hasta que vino a presentárseme, como he dicho, después de la función del Yagual.

"Admitile en mis filas y siempre a mi lado fue para mí preciosa adquisición. Tales pruebas de valor dio en todos los reñidos encuentros que tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de El Negro Primero. Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado, mantenían la alegría de sus compañeros, que siempre le buscaban para darle materia de conversación.

"Sabiendo que Bolívar debía venir a reunirse conmigo en el Apure —agrega Páez—, recomendó a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista. Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del Negro, con gran entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiera que él había estado al servicio del rey.

"Así, pues, cuando Bolívar le vio por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor le dijo:

"—¿Pero qué le movió a usted a servir en las filas de nuestros enemigos?

"Miró el Negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

"—Señor, la codicia.

"—¿Cómo así? —preguntó Bolívar.

"—Yo había notado, —continuó el Negro—, que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure: ellos tenían más de mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre José Félix: nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cualquier arma con qué pelear, porque yo estaba seguro de que nosotros íbamos a vencer. Cuando creí que se haba acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fui a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando: "A caballo". ¿Cómo es eso? —dije yo— ¿pues no se acabó esta guerra? —Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamurada.

"—¿Qué decía usted entonces? —dijo Bolívar.

"—Deseaba que fuéramos a tomar paces. No hubo más remedio que huir, y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se me cansó y tuve que coger monte a pie. El día siguiente yo y José Félix fuimos a un hato a ver si

nos daban qué comer; pero su dueño, cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña (Yáñez) me miró con tan malos ojos, que me pareció mejor huir e irme al Apure".

§

Pero Capella Toledo, en su interesante leyenda histórica intitulada *La Sombra Negra*, nos da otro origen, del cual no nos habla Páez. Vamos a contemplar al famoso Negro bajo otra faz, la del hombre supersticioso. Es una serie de incidentes muy interesantes.

"Era Camejo —escribe Capella Toledo— un esclavo de don Vicente Alfonzo, rico propietario en el Apure. Por su valor y maestría en el manejo del caballo, como por su vigilancia, discreción y malicia, el amo lo destinó al servicio de las armas, y peleó contra Florencio Palacios en la acción de Araure. Una circunstancia lo hizo desertar de las filas del rey.

"Después de la batalla, el ejército realista pernoctó en la Villa, y el jefe español obligó a Camejo a cavar sepulturas para oficiales peninsulares. Camejo reclamó de aquella distinción odiosa, mas en vano: era americano, era negro, era esclavo. Con otros de su misma condición se puso, pues, al trabajo, ya bien entrada la noche.

"Camejo referirá después, con infantil candor, sus sustos durante aquellas horas mortales. Jamás había entrado a un cementerio; y sea por los vicios de la educación espa-

ñola, o porque la mansión de la muerte impone de suyo, el negro esclavo sudaba a torrentes, erizado el cabello, espeluznado el cuerpo. El tropezar del pie con una cruz de madera musgosa y movible al buscar apostura para descargar con la azada el golpe en la tierra, el olor nauseabundo, el hundimiento de la barra cuando esperaba hallar resistencia, la pala al chocar con las gruesas arenas y las piedras menudas, aquel hacinamiento a los bordes de la sepultura de barro húmedo, pedazos de madera y humanos despojos; y todo esto iluminado a los rayos moribundos de una luna que se apaga en el horizonte, cuando se oyen a lo lejos el canto monótono del gallo y los aullidos del perro, y cuando un viento tibio a bocanadas nos da en el rostro; pues a fe que en situación semejante fuera de verse a cualquiera de estos hombres despreocupados que se ríen y se burlan de la muerte.

"A la noche siguiente, Camejo tuvo sueños horribles.

"Una procesión de espectros, precedida por una *Sombra negra*, llegaba hasta su lecho y le interrumpía el descanso. Era en vano apartar con la mano aquella visión importuna; en vano cerrar los ojos y volverse a este, al otro lado: la *Sombra*, siempre delante, le abría los párpados, obligándole a fijar la mirada y con solo tocarlo crispaba sus miembros con las apariencias de la muerte. Quería hablar, pero la voz se ahogaba en su garganta.

"Camejo no pudo evitar que lo amortajaran, que lo encerraran en la caja fatal. Camino del cementerio, la *Sombra*, en esas posas ordinarias en todo entierro mayor, atrave-

saba por en medio de aquel concurso de espectros, y se llegaba al negro, y le decía al oído:

"—Bien merecido lo tienes, puesto que fuiste a turbar el reposo de los muertos.

"Y seguía la fúnebre procesión, y la *Sombra* volvía y revolvía, y el desdichado Camejo veía cómo cruzaban en tropel ante su vista aquellos despojos humanos que él había removido la noche anterior en el seno de la tierra; cómo se buscaban los huesos y se juntaban; cómo se animaban luego, y cómo de aquellas calaveras con remedos de boca, salían voces de otro mundo que clamaban:

"—¿Qué mal te hice para que fueras a inquietarme?

"—¿Por qué no me dejaste dormir?

"—¡Maldito seas, negro esclavo!...

"Camejo sentía un frío letal, que discurría por todo su ser. Trataba de moverse, de pedir socorro, de volver a otro punto los ojos, pero la *Sombra* le salía al paso para detener cualquiera de sus impulsos.

"Así llegaron a la puerta del cementerio.

"Una luz amarillenta iluminó de pronto aquella necrópolis. Las cruces negras con sus letras y números blancos señalaban el derrotero del camino; las bóvedas saltaron en pedazos con lúgubre son; la tierra se esponjó como

levadura, y nuevos espectros vinieron silenciosos a formar en calle. Un canto que salía de los osarios daba triste solemnidad a aquella fúnebre escena.

"Camejo reparó en que le tenían destinada una de las fosas que él mismo había abierto en otro tiempo, y trató de incorporarse; mas la *Sombra* paralizó su sensibilidad.

"Vio cómo le conducían al borde de ella y que en ella lo botaban; sintió que la tierra buscaba su nivel; que los espectros volvían a sus tumbas, que las cruces las señalaban de nuevo, que cesaba el canto, y que de pronto, bajo el montón de tierra, la *Sombra negra* lo estrechaba contra su seno, murmurándole al oído:

"—Voy a revelarte ahora los secretos de la tumba!

"Camejo se despertó adolorido y con ese malestar de ánimo que sucede siempre a una pesadilla.

"Desde luego, Camejo quedó aterrado con aquel sueño que, dada su condición, tenía que ser para él una revelación del demonio.

"Meditó en la esfera de su inteligencia y a la luz de su superstición, acerca de aquella noche en que había ido a turbar el reposo de los muertos y recibido por ello el castigo merecido; que lo habían obligado, bien es cierto, así como también que obedeció sin voluntad, de donde dedujo que somos nosotros mismos quienes podemos estimar mejor las acciones buenas y malas, y no un dés-

pota o amo. De este raciocinio a la idea de la libertad no hay más que un paso. Camejo, pues, vino convencido a las filas de la Independencia.

"—¡Comandante! —le dijo a Páez después de la acción del Yagual—. Yo he peleado contra usted; pero quiero ser libre, quiero pelear ahora por la libertad; recíbame en su gente.

"—Esta bien, contestó el héroe con indiferencia. Ve a que te alisten en el escuadrón Guías, y escoge lanza y caballo.

"—Pongo una sola condición —observó el Negro.

"—Vamos, despacha pronto, ¿qué quieres?

"—Que el día en que asaltemos alguna ciudad o pueblo, no me destinen al ataque del cementerio, ni a defenderlo si somos atacados en él; y que si me matan, no me entierren en Campo-Santo.

"Los llaneros son creyentes, y Páez, disgustado, reparó en el Negro con torvo ceño. Sin embargo, para concluir le dijo:

"—Concedido.

"Camejo lanzó su sombrero al aire y gritó lleno de alborozo:

"—¡Viva la libertad!...

"Después, la historia reza sus hazañas. Vino Pedraza, El Mamón, Barinas, Churrera, San Juan de Payara, Coplé, Misión de Abajo, Oriosa, Sombrero, San Fernando, Biruaca, Ortiz, Rincón de los Toros, Cojedes, Guayabal, Cañafístolo, Gamarra, Queseras del Medio, Sacra Familia, La Cruz...

"La Cruz fue una acción terrible y sangrienta.

"El 22 de julio atacó Paez con 500 caballos, y don Juan Durán, con 350 veteranos del batallón Barinas, le cerró el paso en todas las boca-calles del pueblo.

"Páez porfió.

"Con aquellas cargas que solo sus llaneros sabían dar, obligó al enemigo a concentrarse en la plaza y en el cementerio; entonces nuestro héroe dividió sus jinetes en dos grupos y ordenó un ataque general. El atacó por la plaza y el coronel Urquiola por el cementerio, pero a un mismo tiempo fueron rechazados. Otro ataque, un tercero: todos fueron inútiles.

"El batallón Barinas estaba sin un oficial siquiera: lo que restaba de las compañías era mandado por sargentos o cabos. Nuestras mejores lanzas yacían también por el suelo. Urquiola, el comandante Navarro, el mayor Gamarra, Gómez Arraiz, Esteves, Ledesma, Peña, Oliva... ¡Oh! qué carnicería aquella.

"El *Negro Primero* era el Oficial de mayor graduación que quedaba al frente del segundo pelotón, y recibió orden de

atacar. El asalto fue prevenido con un toque de *atención*, al que siguió el de la señal de *degüello*. Páez, por fin, penetró en la plaza, y por sobre un montón de cadáveres voló con veinte húsares en auxilio del *Negro Primero*; mas éste había ocupado el cementerio, y Páez lo halló con el caballo hundido en tierra hasta las rodillas, rígido sobre la silla, rendida la lanza.

"—Camejo —le dijo—, ¿te han herido?

"—No, peor que eso —contestó el Negro.

"—Pero, ¿quién demonios te detiene ahí?

"—*La Sombra negra*…

"Camejo desobedeció la orden de pernoctar con sus jinetes sobre el campo conquistado, gloria que reclama y disputa siempre todo vencedor, y se retiró a las afueras del pueblo.

"En vano Páez amenazó, rogó: el *Negro Primero* estuvo inflexible.

"—Durante el combate —le dijo— era mi deber obedecer. Después del triunfo reclamo la palabra de mi General.

"Páez recordó la palabra dada, y comprendió que no tenía el derecho de insistir.

"—Pero explícame a lo menos ¿cómo es que te bates como un león, y luego te asalta el miedo como a un niño?

"—Porque yo no temo la muerte, sino a los secretos del cementerio. ¡Ah! Yo la vi, yo la oí, continuó el *Negro Primero*, animándose. ¡Si mi General supiera!... Al saltar por encima de las tapias, un vapor que brotaba de la tierra principió a tomar forma delante de mí. Yo cargaba y volvía a la carga, y el vapor se iba convirtiendo en una *Sombra negra*. Ya no había enemigos; todos habían perecido en la punta de nuestras lanzas, y entonces la *Sombra* detuvo mi caballo por la brida, lo hundió de patas en la tierra, y acercándose a mi oído, me dijo airada:

"—¡Temerario!...

"A su voz, sentí mis brazos y piernas rígidas; el frío de la muerte se apoderó de todo mi ser; no hallé voz para llamar a mis jinetes, y mis ojos, como paralizados en sus órbitas, no dejaban de mirar aquella risa satánica que plegaba sus labios y que en sueños otra vez me había aterrado.

"—¡Temerario! —repitió—, ¿para qué vienes a turbar la paz del cementerio?

"Y me atraía hacia sí, y se resbalaba conmigo bajo los cascos de mi caballo, y en tocando en el fondo de la fosa me dijo:

"—Voy a revelarte ahora, sí, los misterios de este sitio...

"—¡Perdón, perdón! —le repuse— ¡La culpa no fue mía!

"—Vete, pues —agregó por último—. Van dos veces ya: a la tercera… no habrá piedad para ti.

"Páez guardó silencio porque no podía comprender aquel desvanecimiento de ideas, y repasó el Apure, con lo cual renunció a las ventajas que había alcanzado en aquella acción sangrienta y desigual".

Amigo de dichos agudos, en un lenguaje sui géneris, de los cuales no hacían caso los llaneros y sí los hombres superiores, Bolívar, que conocía ya a Camejo, mandaba a buscarle al campamento de Páez, pues le gustaba pasar un rato agradable en conversación con el centauro. En cierta mañana Bolívar le pregunta:

—¿Es cierto que usted mataba las vacas que no le pertenecían, en la época que militó con los españoles?

—Por supuesto, replicó el Negro, y si no, ¿qué comía? En fin vino el mayordomo (así llamaba a Páez) al Apure y nos enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas[2].

En su *Autobiografía*, Páez, que no podía ocuparse sino en el relato de sus hechos portentosos y actos trascendentales de su vida pública, dejó de narrarnos variados incidentes de la historia de sus compañeros; así es que al Negro I apenas le dedica cuatro páginas después de Carabobo, y esto, como incidente necesario, al hablar de la muerte de su fiel Camejo. Pero nosotros trataremos de llenar este vacío dando los pormenores que he-

2 Páez, obra citada.

mos podido conocer respecto del Negro I, ya de boca de Páez, ya de alguno de sus notables tenientes o de obras publicadas.

El haber celebrado Bolívar las ocurrencias del chistoso teniente de los centauros y el llamarle con frecuencia cerca de su persona para escucharle, motivó el que los compañeros de Camejo celebraran igualmente los triunfos de este; y refiriéndole a Bolívar cuanto sabían de aquel, le excitaban la curiosidad y proporcionábanle el placer de hacer al Negro I nuevas preguntas, cuyas respuestas siempre causaban hilaridad al Libertador.

En cierta mañana, al presentase Camejo delante de Bolívar, este le dice:

—¿Es cierto que usted, para obtener el sí de Bizarra (así se llamaba la hermosa zamba llanera, esposa del Negro I) la amarró a una palma y la fustigó con doscientos azotes?

El Negro, que no aguardaba semejante pregunta, miró a derecha e izquierda, y encontrándose entre la verdad del hecho y la indelicadeza de confesarlo, cruzó los dedos de sus manos, y formando cinco cruces exclamó:

—Por este puño de cruces, mi General, que es mentira cuanto le han dicho respecto de Bizarra.

Este es el juramento falso de los pueblos de Venezuela, con el cual pudo el llanero salvarse de nuevo interrogatorio.

En otra ocasión, después de uno de esos choques inesperados de Páez contra el ejército español, sabe Bolívar que el Negro I se había portado con un valor admirable, y queriendo felicitarle le manda a llamar.

—¿En qué puedo servir a usted —le pregunta Bolívar— en premio de tanta bravura como la que acaba usted de desplegar?

Cualquiera diría que el Negro iba a exigir honores y recompensas, pero no sucedió así.

—Yo no exijo, mi General, sino un poco de tabaco que no existe en el campamento.

Este era un artículo abundante en aquel entonces en los pueblos que tenían los españoles, y escasísimo en los pueblos patriotas.

—Usted lo tendrá dentro de poco —respondió Bolívar acentuando la frase.

Entonces el Libertador, dirigiéndose a un grupo de llaneros que estaba cerca de su persona, pregunta:

—¿Cuál de ustedes se atreve a solicitar un poco de tabaco en campo enemigo?

Se presenta uno y dice que se encarga de tan difícil comisión, y que espera triunfar. Al instante monta a caballo atraviesa el Apure llega a la opuesta orilla y desaparece

entre el matorral. Al tercer día regresa al campamento y presenta al Libertador un rollo de tabaco de Barinas.

—Aquí está, mi General, el tabaco que hube en campo enemigo después de evitar los peligros que me rodeaban.

—Venga el teniente Camejo —exclamó Bolívar. Y al presentarse le dice:

—Está satisfecho su deseo. Aquí tiene usted el tabaco que pidió, recíbalo como recompensa de su bravura[3].

El Negro I estaba satisfecho de tanta atención, y se jactaba, entre sus compañeros de armas, de haber recibido el premio que había solicitado. Si el *Mayordomo* (Páez), decía, me quiere, yo por él doy la vida; al *Tío por supuesto* (Bolívar) puedo acompañarle hasta las Cocuizas, pero en Caracas no me verá jamás[4].

§

En una mañana de 1819, atravesaba Páez, acompañado de su estado mayor y una porción de su guardia, cierta región de la pampa apureña, en dirección del Mantecal, cuando, a poco andar, tropieza la comitiva con algunos toros matreros[5].

---

3 Este hecho está consignado en la obra inglesa: *Tres años de residencia en Colombia*.

4 Dejamos de referir uno que otro incidente referente a la vida de este teniente de los centauros, porque ellos figuran en leyendas todavía inéditas, que se conexionan con la historia militar de la pampa venezolana.

5 *Toro matrero* quiere decir: viejo, peludo, furioso, temible, salvaje.

Páez, que aprovechaba siempre la ocasión que se le presentara para adiestrar en ciertos ejercicios a sus centauros, les dice al ver los toros salvajes:

—Vamos a ver quién es capaz de apeársele a ese toro —señalando uno de ellos.

Desmóntase uno de los oficiales, y con espada en mano, avanza sobre el terrible animal. Este se viene sobre el llanero, quien, con mano firme, y evitado la cornada del fornido cuadrúpedo, le atraviesa la cerviz, y el bruto cae. Tal ejercicio, que iba repitiéndose a proporción que caminaban, llamó al fin la atención del Negro I, que exclama:

—Eso es malo, señores, matar al animal de Dios, sin necesidad. Esos animales son necesarios para la cría.

Al escuchar esta sentencia, el coronel Figueredo, hombre recio y de pocas palabras, contestó:

—Siempre este Negro está predicando humanidad, cuando es el primer agresor en la pelea.

A lo que contestó Camejo con calma:

—Yo no ataco a nadie, por gusto.

—¿Y esos españoles que sacrificas en cada encuentro? —replicó Figueredo.

—Yo no los mato —contestó el Negro—. Ellos *mesmos* se

matan. Vienen sobre mí y los recibo en mi lanza y ellos se ensartan.

Y agregó: "Ya verán ustedes, señores, que hasta los chigüires van a desaparecer de estas sabanas".

Por una de tantas casualidades, esta profecía tuvo su cumplimiento, en 1832. En esta fecha una epidemia de fiebre maligna diezmó una gran porción de los pueblos de Apure. Tras ella apareció una epizootia, tan cruel que acabó con los peces y caimanes del Apure; luego atacó a los monos de los bosques, los chigüires de las ciénagas, los caballos de la pampa, etc., etc.

El dicho del Negro I, *hasta los chigüires* morirán, vino a realizarse por completo, a los once años de haber fallecido el profeta.

§

Cuando en 1819 comenzaron las negociaciones del armisticio propuesto por el jefe español Morillo al Libertador, varios comisionados españoles fueron enviados a los diversos campamentos del ejercito patriota. Estaba Páez en Payara cuando en el mes de agosto se presentó como comisionado de Morillo el teniente coronel Jalón: y aunque Páez, al enterarse de los oficios, contestó que él no podía como subalterno entrar en negociaciones, quiso ser cortés y hospitalario con su huésped, a quien invitó para que le acompañase a almorzar.

Uno de los cuidados de Páez fue que el Negro I se presentara bien calzado, pues no le parecía natural que siendo uno de los

centauros de su guardia más cercanos a su persona, apareciera con pies descalzos. A duras penas consiguiéronse en Payara medias y zapatos para el indómito centauro. Pero apenas se había sentado el coronel Jalón al lado de Páez acompañado de los oficiales más distinguidos del estado mayor, cuando el Negro I, queriendo hacer gala del desperdicio que le inspiraban aquellos objetos de alta civilización, hubo de quitárselos, y llevándolos en una de las manos, cruzó de un extremo a otro de la sala donde tenía efecto el almuerzo. Aquella escena tan grotesca como inesperada motivó prolongada hilaridad, de la cual Páez supo sacar partido para entretener a su huésped acerca de las costumbres del llanero, desgraciado, en la generalidad de los casos, el día en que abandona sus hábitos, su pampa, su caballo, su libertad.

El Negro I, tenia un hermano llamado José Paz, natural de Guacharas, catire, de carácter belicoso, epigramático y jovial como buen hijo de la pampa. Cuando Morillo pisó los llanos de Apure, Paz fue uno de los primeros que atacaron al ejercito del Pacificador. Sus compañeros le apedillaban el *Mudo*, por su verbosidad inagotable, en armonía con su inclinación a la pendencia, como al baile de joropo y a la guasa. Y aunque el Negro I se diferenciaba del hermano por el color de la piel, ambos se trataban con franqueza. Los unía el sentimiento patrio y el valor a toda prueba. De estos hermanos se refiere la siguiente anécdota[6].

6 Debemos los datos de esta anécdota a la bondad de nuestro joven amigo, don Delfín Aguilera, que tanto ha estudiado las costumbres llaneras.

En cierta noche, en un baile en Guacharas, baile de bandola, cuatro y maraca, orquesta popular de llaneros, tuvo el catire Paz un altercado con uno de los músicos, porque en una de las coplas del bandolista le endilgaron la siguiente alusión:

Hay un mudo en este baile
que es zambo tan atrasao
que parece cuando brinca
conejo engarrapatao

Amostazado el catire Paz, hombre de pocas pulgas, contestó con una bravata al impertinente musico. El Negro I que bailaba también, al advertir lo que pasaba, dijo en alta voz:

—Hermano, eso lo arreglaremos ahora; deje que pase el son.

Otro cantor que escuchó esta amenaza improvisó la siguiente cuarteta:

No te dé cuidao hermano,
la verdad han confesao,
y si son de padre y madre
ese negrito es robao

Aludía esta cuarteta a la diversidad de color entre Camejo y Paz. Pero apenas fueron pronunciados tales conceptos cuando el Negro y el catire, dejando sus parejas de baile, se abalanzan sobre los músicos: mas antes de que Paz llegara, el primer bandolista habíase armado con una daga que lle-

vaba al cinto. En este instante el Negro I agarra a este por el brazo que llevaba la daga, al mismo tiempo que descarga fuerte cabezada sobre el segundo bandolista; ambos músicos rodaron por tierra. Todo esto se efectuaba con la velocidad del pensamiento, pues Camejo era tan hábil en la lucha, como potente por su fuerza muscular. La confusión turba la placidez del baile, y todo el mundo huye, mientras que Camejo y Paz, contra los dos bandolistas, fuera de la sala de baile, le dieron a estos durante largo rato numerosas puñadas, quedando vencedores. Así concluyó este baile en Guacharas, de bandola, cuatro y maracas, donde se lucieron por su agilidad los hermanos Paz y Camejo.

Paz y Camejo, valientes, esforzados, estaban destinados a morir en dos campos inmortales. El uno que había acompañado a Bolívar en su tramontada de los Andes en 1819, muere en aquella carga famosa de los centauros de Rondón de que habla la historia; al Negro I le esperaba morir en el campo glorioso de Carabobo, dos años mas tarde, el 24 de junio de 1821. Cuando en su ultima carga, aquella en la cual debía morir, siente que bala española ha penetrado en su pecho, noble sentimiento de lealtad le sostiene y le hace retroceder en solicitud de Páez que venia más atrás. Iba a darle el adiós postrero antes de caer exánime.

Escuchemos a Eduardo Blanco cuando nos describe el acto final de la vida de Camejo.

“El caballo que monta aquel intrépido soldado galopa sin concierto hacia donde se encuentra Páez; pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso a paso, las riendas

sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada. Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza a su antiguo émulo en bravura, en cien reñidas lides, le grita amenázandole con un gesto terrible: *¿tienes miedo?... ¿no queda ya enemigos...? ¡Vuelve y hazte matar!...* Al oír aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para abatirse; el segundo, abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por tierra la poderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo a descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: "Mi general... vengo a decirle adiós... porque estoy muerto". Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, a tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores lanceando por la espalda a los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

"Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y a la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que, vencido el atajo, han llegado hasta él, corre a vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo".

Así desapareció este tipo admirable de los tiempos heroicos de Venezuela, este famoso Negro I que llegó a conocer la gratitud, y supo sublimarla con el valor, con la constancia, con el sacrificio.

PEDRO CAMEJO*

CAMEJO PEDRO. (Alias negro primero). Teniente – Nació en Venezuela. Esclavo de don Vicente Alfonzo, rico propietario del Apure, lo puso al servicio del rey, y con sus tropas peleó contra las de Páez, en la acción de Araure. Disgustado con la causa que defendía, se ocultó, y después de la victoria del Yagual obtenida por aquel, se le presentó, y con él estuvo en la toma de Pedraza, en el Mamón, contra el realista comandante Teodoro Garrido. En la toma de Barinas contra Remijio Ramos, a órdenes de Páez de quien nunca se separó. Se encontró en la acción de Santo Domingo contra Aldana, el comandante Ranjel. En Chorrera, San Juan de Payara, cogiendo 14 embarcaciones en el Arauca, cerca de la ciudad de este nombre, con 50 hombres de caballería. En la cogida de la escuadrilla enemiga en el mismo río, con Páez y 300 lanceros, en las bocas del Coplé, en la que pasó Bolívar y su ejército. Estuvo en la acción de la Misión de Abajo. En Oriosa, Sombrero, San Fernando, Biruaca y el Negro, Enea contra el español José María Quero, en donde encontraron en un palo la cabeza del valeroso patriota coronel Jenaro Vásquez; en el Rincón de los Toros, en donde escapó Bolívar que lo asesinara el realista Mariano Renovales, de los de la tropa del coronel Rafael López, que murió en el combate, y en cuyo caballo montó Bolívar por presentárselo el comandante Ron-

---

* Scarpetta, Leonidas M., y Vergara, Saturnino. *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú, que comprende sus servicios, hazañas y virtudes*. Caracas, Ministerio de la Defensa, 1978, p. 81.

dón que lo cogió. Cojedes, Guayabal, el 28 de mayo de 1818, Cañafístolo, La Garrama, y por último en la célebre jornada de las Queseras del Medio, con Páez y sus 149 compañeros que formaron esa legión de 150 héroes que ejecutaron la acción más gloriosa de aquellos tiempos. En las batallas de la Sacra Familia, La Cruz y Carabobo 2ª, donde la primera bala que se disparó lo privó de la vida, dejando a Bolívar y Páez llenos de dolor por la pérdida de este hombre sencillo y modelo de los valientes, amado de todos por su gracioso decir.

Comando Creativo, mural de Pedro Camejo, 2012

PARTE III

FRAGMENTOS DE DISCURSOS DEL COMANDANTE HUGO CHÁVEZ

"…Páez ataca con una carga de caballería, rompe el flanco enemigo y prácticamente decide la batalla, el enemigo se va en derrota y entonces fíjense, hay la anécdota de que a Páez, a Páez le daban ataques epilépticos, y le da un ataque en plena batalla después que muere el Negro Primero, cayó Pedro Camejo, ustedes saben esa anécdota. Pedro Camejo en el choque de caballería el Negro Primero de allá de San Fernando, al sur de San Fernando, de San Juan de Payara, el Negro Primero es herido en el choque de caballerías con la lanza y él sale, cuando siente que la herida es muy, muy grave, él sale del choque de la caballería y Páez lo mira y Páez le reclama y le dice: '¿Adónde vas, negro?, no seas cobarde, anda a la batalla'. Y cuenta el mismo Páez en sus memorias que el negro se para frente a su general y lo mira, el Negro Primero —le decían *Primero* porque siempre iba de primero en el galope de caballería con su lanza y a veces con las riendas en la boca; eran intrépidos aquellos hombres, eran verdaderos guerreros valientes; de ahí venimos nosotros, esto hay que saberlo para tener orgullo de nuestra raza, de nuestra estirpe, pensadores, guerreros y constructores de repúblicas y libertadores, de ahí venimos nosotros, eso somos en buena medida—. Bueno, Páez le reclama y el Negro Primero le dice: 'Mi general, yo no soy ningún cobarde, vengo es a decirle adiós porque estoy

muerto'; y cuenta Páez que clavó la lanza en el suelo y cayó muerto en la sabana de Carabobo".

Comandante Hugo Chávez
Alocución con motivo de la celebración de la Batalla de Carabobo.
24 de junio de 2000

"La república que nació en 1830 nació al amparo de la traición, pudiéramos decir que fue la república traicionera, la república antibolivariana, la república de la oligarquía que traicionó los sueños de los que aquí murieron; muy cerca de aquí murió, murieron muchos aquí, pero hemos tomado nosotros los soldados del pueblo, como símbolo de siempre y para siempre, aquel negro de San Juan de Payara que llegó aquí a caballo y siempre iba de primero con la lanza que trajo de Apure, siempre iba de primero, Pedro Camejo, y aquí muy cerca chocó contra las tropas del imperio español y recordemos aquel heroico soldado humilde del pueblo; un día antes muy cerca de aquí, señor general, muy cerca de aquí donde Bolívar reunió al ejército el 23 de junio, Pedro Camejo arengó a sus compañeros de la caballería de los Bravos de Apure que habían venido desde las pampas lejanas del Arauca y del Apure y les dijo: 'compañeros, mañana habrá una gran batalla —dijo el negro—: se cerrarán las puertas del cielo —dijo— para los que huyan delante del enemigo, se abrirán las puertas del cielo para los que mueran en el campo de la batalla'. Quizás estaba anunciado su propia muerte, dispuesto a

todo por la patria y al final dijo: 'Y el abuelito San Pedro a los que mueran por la patria los recibirá en la puerta del cielo con arpa, cuatro y maracas' —dijo el Negro Primero. Y al día siguiente aquí murió y es legendaria la historia, cuando se le presenta al general Páez y le dice: 'Mi general vengo a decirle adiós porque estoy muerto…'".

Comandante Hugo Chávez
Celebración del día del Ejército.
24 de junio de 2003

"Que vivan los mártires del pueblo venezolano para siempre; con su sacrificio hicieron posible a Carabobo, así que todo eso es Carabobo y mucho más, lección de heroísmo es Carabobo, de heroísmo supremo; ya oíamos la lectura que nos hizo el capitán patriota del parte que Bolívar envió al Congreso después de la batalla; sabemos de aquel momento también sublime de aquel teniente, hijo glorioso de San Juan de Payara de la sabana de Apure, de los centauros, de las Queseras venía, de los centauros de las sabanas venía el Negro Primero Pedro Camejo; se hizo soldado, se hizo patriota y sabemos de su encuentro final con el Taita, como llamaban los llaneros a José Antonio Páez, el centauro indómito e invencible. 'No huyas, negro. ¿Adónde vas? No seas cobarde'; y el negro herido de muerte, con las fuerzas que le quedaban, sin riendas ya en la mano, con la lanza larga apureña llena de sangre imperialista, le dijo: 'Mi general yo no soy ningún cobarde,

vengo a decirle adiós porque estoy muerto'. Diálogo con la muerte, diálogo con la eternidad, diálogo con la gloria. Carabobo es lección por tanto de heroísmo supremo, Carabobo es parto, Carabobo al mismo tiempo es el entierro del imperialismo, del viejo imperialismo de 300 años y Carabobo es el parto de la patria, es el parto de la libertad y el parto de un proyecto que aún no ha concluido…".

Comandante Hugo Chávez
Conmemoración del 184 aniversario
de la Batalla de Carabobo y día del Ejército.
Patio de la Academia Militar. 24, de junio de 2005

"Por acá se vino Páez, por La Pica de la Mona; aquí reventó la caballería, allá estaba la Legión Británica, allá está el monolito que recuerda el sacrificio heroico de la Legión Británica; allá cayó herido de muerte Thomas Ilderton Ferriar, comandante de la Legión Británica; y allá donde está aquel monolito, un poco más a la derecha, cayó mortalmente herido Pedro Camejo, el muchacho de San Juan de Payara, el *Negro Primero*. Aquí nació la Patria, en este campo, bajo este cielo; aquí entre estas colinas, allá la gran llanura, allá las grandes montañas, allá el gran mar y allá toda la Patria".

Comandante Hugo Chávez
Aló Presidente, programa número 252,
Campo de Carabobo, estado Carabobo.
9 de abril de 2006

"Clamor, sangre, humo y un radiante sol de heroísmo, de resuelta voluntad de ser libres, por un sentimiento de amor, por una esperanza que fue ayer, es hoy y será siempre, de aquellos pueblos hechos ejército, esa es la Patria que comenzó a nacer en el combate por un ideal que se deletreaba en sus corazones, sin saber el alfabeto, como aquel Negro Primero, imagen del bravo pueblo de nuestra amada Venezuela".

Comandante Hugo Chávez
186° Aniversario de la Batalla de Carabobo
y día del Ejército Libertador,
Patio de Honor de la Academia Militar.
24 de junio de 2007

Martin Tovar y Tovar. *Batalla de Carabobo* (detalle). París, 1888. Colección Palacio Federal Legislativo, Asamblea Nacional. Fotógrafo: Alfredo Padrón

PARTE IV

CERTIFICACIÓN DE SERVICIO MILITAR*

JOSÉ ANTONIO PÁEZ
General en Jefe de los Ejércitos de la República

Certifico: que el ciudadano Pedro Camejo se incorporó y tomó servicio en el Ejército de mi mando en esta provincia en el año de 1816, y que los continuó hasta el de 1821, que murió en el campo de Carabobo por una herida que recibió de arma de fuego, en el momento del combate; y que por su valor sobresaliente mereció el ascenso de Teniente de Caballería, habiendo principado su carrera de soldado raso.

Y a pedimiento de la señora Juana Andrea Solórzano, viuda del citado Camejo, y para los fines que le convengan, le doy esta que firmo en los Borales del Frío a 13 de mayo de 1846.

José Antonio Páez

* Certificación otorgada por el general José Antonio Páez a la viuda del teniente de caballería Pedro Camejo, "Negro Primero", fechada en los Borales del Frío, el 13 de mayo de 1846, en Apure, por la cual consta que su esposo prestó valiosos servicios a la patria en el Ejército Libertador, durante la guerra de Independencia. Fuente: Archivo General de la Nación, Ilustres Próceres de la Independencia, tomo 14, folio 81.

En homenaje al pueblo negro, afrodescendiente, indio, mestizo, mulato y blanco que tiene 200 años de lucha por la libertad y la igualdad verdaderas, le rendimos tributo al Negro Primero, aquí, en esta compilación que recoge artículos y fragmentos de libros que dan cuenta de la vida y obra de Pedro Camejo, tales como la revista *Memorias de Venezuela*, la *Autobiografía* de José Antonio Páez, la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, las *Leyendas históricas de Venezuela* de Arístides Rojas, el *Pedro Camejo* de Leonidas Scarpetta y Saturnino Vergara en su *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú*. También se han incorporado fragmentos de los discursos de nuestro Comandante Chávez en los que hace especial referencia al Negro Primero, combatiente por el que sintió gran admiración.

CENTRO NACIONAL DE HISTORIA

República Bolivariana de Venezuela
revolución de la conciencia

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

ISBN: 978-980-419-006-3
9 789804 190063

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura | Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Pueblo Victorioso